

nencia y necesidad de investigaciones como la que presentamos. Además de su contribución científica al estudio de las relaciones interétnicas, los tres libros del profesor Calvo Buezas son de gran utilidad para sociólogos, antropólogos, educadores, trabajadores sociales y cuantos deseen hacer de nuestra sociedad pluriétnica un hogar más habitable.

Así parecieron reconocerlo el Ilustre Colegio Nacional de Doctores y Licenciados en Ciencias Políticas y Sociología y el Ministerio de Asuntos Sociales, al conceder a esta investigación el *V Premio de Investigación sobre Bienestar Social*.

J. M. FERNÁNDEZ

E. LUQUE BAENA

Del conocimiento antropológico

(Madrid, CIS-Siglo XXI, 1990)

La claridad, la concisión, aliadas a la riqueza de contenido y a la amplia bibliografía utilizada, caracterizan a esta reflexión sobre el devenir de la antropología que ahora ve su segunda edición.

Los títulos de los cinco capítulos («De las viejas moradas de los científicos», «De la búsqueda de nuevos cimientos», «De la cultura, de las culturas», «De la estructura y del significado», «Del método, de los métodos») introducen al lector en el corazón del tema: el libro se presenta como una discusión de la evolución del objeto de la antropología, así como de los principales problemas epistemológicos y metodológicos que dominan su elaboración. Como cabría esperar, la opinión que el autor tiene de la ciencia en general y de la antropología en particular, configuran a un tiempo la selección del material y las argumentaciones. En éste, como en otros casos, caben dos posibles lecturas. Una

desgrana las vicisitudes de la disciplina; la otra —en filigrana—, las tomas de posición que subyacen a sus análisis. Resulta claro que la primera constituye, para el especialista, el auténtico centro de interés de la empresa y que su exposición es el fin explícito que persigue Enrique Luque. Sin embargo, una exposición completa del trabajo requiere —más que nunca— que se consideren ambas. La propia convicción del autor de que no existe “pura experiencia”, sino solamente la experiencia a la luz de expectativas o de teorías que son “trascendentes”, en palabras de Popper» (citado en p. 186) constituye, estrictamente hablando, el vector epistemológico alrededor del cual se construye todo el conjunto.

Consideraciones diversas hacen que el paralelo entre el desarrollo de la ciencia y el de la antropología sea necesario. La primera es de aplicación general, ya que recuerda que

el investigador está inmerso en la sociedad de su tiempo y de ahí toma inevitablemente —tanto positiva como negativamente— una gran parte de sus inquietudes, de sus problemas y de sus soluciones. Dicho esto, es importante subrayar que el autor concentra su atención sobre las consecuencias teóricas y metodológicas del desarrollo científico, dejando, así, de lado las discusiones del contexto (político, ideológico e incluso académico) en el cual se perfila aquél en cada momento. Se trata, primero, de interrogarse acerca del proceso de conocimiento, acerca de las condiciones en que es posible hablar de ciencia y acerca de su objeto específico. Los dos primeros capítulos recorren, de ese modo y a través de un número (voluntariamente limitado) de teóricos que se consideran representativos, los argumentos principales enfrentados entre sí a lo largo de los últimos doscientos años (sobre todo, a partir del aparente triunfo del positivismo). De un lado, los defensores —y del otro sus críticos— de las virtudes de la experiencia inmediata y del inductivismo frente al deductivismo, de la búsqueda de leyes generales en detrimento del historicismo y del particularismo, del objetivismo frente al subjetivismo, del atomismo o del carácter sistemático de los hechos considerados, de la supremacía del orden sobre el desorden, de la simplicidad sobre la complejidad. A lo largo de toda la obra, el autor manifiesta un evidente cuidado por señalar el carácter siempre actual —controlado o incontrolado— tanto de las cuestiones como de las respuestas aportadas y el hecho

de que unas y otras afecten a todos los niveles de la investigación (desde los presupuestos teóricos hasta la concepción del objeto científico mismo, pasando por la metodología empleada). Asimismo, resalta cómo la mayoría de cuestiones y respuestas constituyen sistemas, haciéndose incómodas —y, a menudo, renqueantes— las tentativas de conciliarlas. De tener que elegir, sus predilecciones se orientan en favor del segundo término de las disyuntivas consideradas y lo inscriben así en la línea de posiciones presentadas como las tendencias más actuales, tanto al nivel de la reflexión epistemológica como aplicadas al dominio particular de la antropología.

La evolución de posiciones sobre la espinosa cuestión de la objetividad científica y de la falsa oposición (en tanto que basada en una apreciación errónea del modo de actuar de los científicos) entre las llamadas ciencias humanas y las ciencias naturales han puesto, por otra parte, de actualidad la incidencia, en la investigación, de factores extracientíficos y también el hecho de que contribuyan inevitablemente a la constitución de su objeto, cualquiera que éste sea. Las consecuencias heurísticas son de orden epistemológico y metodológico. Retomando —pero para darle la vuelta— la célebre metáfora de Popper, el autor concluye: «No podemos pensar desde fuera —ni, por tanto, lanzar redes al mundo— porque redes, mundo y nosotros mismos estamos profundamente enlazados. Es, más bien, desde dentro, metidos en la ciénaga y no lanzando sondajes desde la ori-

lla, como podemos entender algo» (p. 83).

Planteadas así las cosas, la construcción del resto de la obra muestra cómo la antropología se revela, por ello mismo, con una doble implicación: como ciencia de la cultura en sentido estricto y como disciplina en cuya génesis el subjetivismo está llamado a jugar un papel de primera importancia. Así, por lo tanto, se sospecha —aunque el autor no lo diga explícitamente— que el debate que sigue puede interesar no sólo al antropólogo, sino a todo científico preocupado por interrogarse acerca de la importancia y los resultados de sus investigaciones.

¿En qué consiste la cultura? La discusión de esta pregunta y la manera en que se aborda, desde el doble punto de vista teórico y metodológico, articulan los tres últimos capítulos. Dos ideas principales subyacen al conjunto de la exposición. Por una parte, el objeto de la antropología —so capa de aparente continuidad— sufre transformaciones profundas configuradas en una gran medida por la evolución de los debates científicos. Por otra parte, la antropología actual continúa siendo una ciencia preparadigmática (entendido en el sentido consagrado por Kuhn) en la cual resulta vano —y, sin duda, perjudicial— buscar una homogeneidad artificial de puntos de vista. En consecuencia, es indispensable sobrepasar los conceptos y los métodos homónimos (culturas, estructuras, signo, modelo lingüístico, inconsciente, método comparativo, etc.), localizando los deslizamientos teóricos y metodológicos que hacen —más allá de las apa-

riencias paradigmáticas— que los resultados sean, si no necesariamente incompatibles, al menos, profundamente diferentes. Dicho esto, es necesario resaltar que el interés de la obra reside menos, aquí, en el carácter básicamente original de la empresa (ya que varios investigadores, con respecto a los cuales se reconoce en deuda el autor, han contribuido en aspectos parciales) que en su carácter sintético y clarificador.

En términos más concretos, el análisis de las posiciones defendidas por las diferentes corrientes y escuelas que han dominado la escena muestran que el concepto de cultura ha experimentado numerosos avatares a lo largo de los cuales —globalmente considerados— se ha desplazado progresivamente de los artefactos culturales a sus cualidades simbólicas. De cualquier modo, una preocupación parece haber dominado sobre las demás, y las respuestas aportadas al respecto no son ajenas al deslizamiento señalado. Esto es, la diversidad cultural —que todo antropólogo asume como punto de partida—, ¿constituye el objetivo último de la antropología? ¿Lo propio de la condición humana, o una materia de *rico colorido* a partir de la cual los investigadores deben abstraer semejanzas, constantes o leyes universales? Cualquiera que sea la respuesta, un problema más delicado aún consiste en definir cómo dar cuenta de ello: ¿cuáles son las relaciones entre naturaleza y cultura? ¿Está constituida la cultura como una *contra natura* —por retomar la expresión de Moscovici— de tal suerte que la variedad y el particu-

larismo no tienen otro origen que ellos mismos? ¿No es la cultura más que un epifenómeno, reductible a la naturaleza? ¿Hay continuidad o discontinuidad entre ambos órdenes? O, mejor aún, ¿es científicamente aceptable distinguir dos órdenes? En todas estas cuestiones, el autor une su voz a aquellos que defienden a la vez la diversidad y una concepción sintética, dialéctica y progresiva de la pareja naturaleza/cultura: denuncia los reduccionismos de todo tipo, coloca el acento en la complejidad e insiste en lo que el paso al análisis en términos de sistemas abiertos tiene de prometedor para abordar su estudio.

La toma en consideración de la capacidad simbólica, del lugar que conviene atribuir a las representaciones en la génesis de la cultura, no se ha impuesto realmente hasta tanto que la antropología británica ha conseguido liberarse del reduccionismo *cosista* al cual había reducido Radcliffe-Brown la herencia durkheimiana. Esto ha tenido un doble efecto: de ampliación y de concreción del objeto de la antropología. De una parte, el simbolismo ha cesado de limitarse a un dominio particular de los hechos culturales (como los ritos, los mitos o las creencias). De otro, ha venido a constituir el prisma unificador a partir del cual se aborda la cultura. No obstante, el autor cuida de combatir el efecto de espejismo que puede producir la referencia común a los hechos culturales en términos de hechos simbólicos: subraya el impacto diferencial de los modelos (lingüístico, cibernético, etc.) que han inspirado los enfoques de los antropó-

logos y las lecciones diferentes que de ellos han aprendido. Las divergencias afectan principalmente al lugar a partir del cual se da cuenta mejor de los hechos: el código, la sintaxis o los símbolos y la significación. Ante los diferentes postulados, el autor parece inclinarse, por su parte, a una posible y provechosa complementariedad de las perspectivas propuestas.

En resumen, *Del conocimiento antropológico* está construido como una pesquisa en la cual investigador, entorno científico y cultural y objeto mismo son inseparables. El tono de la obra, el paralelismo entre la antropología y la situación de las otras ciencias, así como la convicción de que aquélla se ha liberado de una concepción «enciclopédica» de la cultura y tiende a hacer del análisis simbólico su principal objeto, contrasta con la tan denunciada «crisis» de la disciplina que agitan ciertos medios de investigadores. Mirando las cosas más de cerca, puede parecer curioso —en una obra que, por otra parte, concede tanta importancia a los condicionamientos de toda suerte de la investigación— que el hecho colonial esté ausente. Puede pensarse que el autor lo considera evidente y que tanto la vocación como la concisión de la obra no se adaptan a la discusión de tesis más o menos afortunadas sobre el parentesco entre antropología y colonialismo y las consecuencias que esto ha tenido sobre su objeto de estudio y su evolución. No obstante, es con toda seguridad la concepción global de esta ciencia la que está en entredicho. Lejos de centrarse en un determinado tipo de

sociedades, de tener que ver con una antropología de *deuxième souffle* (Panoff), la que nos presenta Enrique Luque se sumerge —a pesar de su carácter obstinadamente preparadigmático— en una larga tradición intelectual en cuyo transcurso no ha dejado de precisar su objeto. Haciendo esto, tal vez uno deba lamentarse de que esta manera de plantear el problema tienda a arrojar fuera de la antropología, o a desacreditar (una fórmula como «al viejo estilo» p. 129) las in-

vestigaciones que no se atribuyen como objeto directo o prioritario el estudio simbólico. ¿No se corre así el peligro de sacrificar una parte de la complejidad?

Sea como fuere, no cabe duda que, sin pretender ser una historia exhaustiva de la disciplina —el autor remite a tal efecto a sus predecesores en la materia— la obra contribuye a ella de modo indiscutible y positivo.

María José DEVILLARD

CECILIA CASTAÑO COLLADO

Tecnología y empleo en el sector financiero español

(Madrid, Instituto de Estudios de Prospectiva, 1990)

El informe es el resultado de una investigación encargada por el Instituto de Prospectiva a un equipo dirigido por la profesora Cecilia Castaño con el objeto de analizar el impacto de las aplicaciones tecnológicas sobre el empleo en el sector financiero, con especial atención en «las modificaciones cualitativas en el entorno del empleo, como son los cambios en las formas de producir, la división del trabajo, la organización y las necesidades de cualificación y de formación del personal».

Los resultados se estructuran en tres grandes bloques. En el primero se analizan las dificultades de ubicar en el interior de la estructura productiva el nuevo sector de servicios de la economía. En las nuevas formas de producir, las fronteras

entre sectores se difuminan. Aparecen una gran cantidad de servicios que intervienen como *inputs*, y trabajos esenciales en el proceso de fabricación parecen más actividades de servicio que actividades propiamente de fabricación. Se produce una nueva forma de integración en la producción que modifica los límites anteriores y desarrolla un nuevo marco competitivo.

Las modificaciones que tienen su origen en la propia dinámica de la actividad financiera (desregulación, internacionalización, etc.) interactúan con los nuevos desarrollos tecnológicos contribuyendo a amplificar los efectos de esa dinámica: nuevos competidores, mayor transparencia, ampliación de los límites funcionales y territoriales de los mercados, reducción de costes... Esa am-